

EL PERRO PULGOSO

Y OTROS RELATOS

Arturo Enríquez Malavé

ÍNDICE

1.- <i>La muerte de Don quijote</i>	<i>página 3</i>
2.- <i>En una tarde gris</i>	<i>página 6</i>
3.- <i>Unos padres y su hijo</i>	<i>página 19</i>
4.- <i>El perro pulgoso</i>	<i>página 29</i>
5.- <i>El desquiciante desquiciador</i>	<i>página 34</i>
6.- <i>Morriña</i>	<i>página 40</i>

LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Imagínense, un hombre normal, bajito y rechoncho, casado, con hijos, campesino pobre pero honrado, y además cristiano viejo vive Dios. Trabajador por necesidad pero holgazán vocacional pues no hay mayor paraíso para mí que una gran siesta al lado de una buena lumbre, calentito y con el estómago lleno, como manda Dios pues ya les he dicho que soy cristiano viejo. Mi nombre es Sancho y como ven vuestras mercedes, soy un hombre normal.

No ha mucho tiempo aconteció que me fui a correr aventuras con un caballero andante, parecía sacado de una novela, y me fui con él como digo en busca de poder y de gloria aprovechando así para salir de mi monotonía. Se llamaba este buen hombre Alonso Quijano el Bueno, valga la redundancia, para más gloria Don Quijote De La Mancha, pues La Mancha era su patria.

El caso es que este caballero ya hace unos días que está muerto y enterrado, para descanso de su alma y de mis costillas, pues con él sólo recibí palos y más palos, que como bien dicen por ahí a falta de poder y de gloria buenas son tortas. No puedo negar que a raíz de su muerte mi estado físico ha mejorado sensiblemente, ya no tengo moratones ni costillas rotas, la gente no me persigue ni me insulta y hasta he engordado gracias a los cocidos de mi mujer. Pero algo martillea mi conciencia todos los días, y son sus palabras el día de su muerte, las cuáles me gustaría compartir con ustedes pues algo me dice que si no lo hago el mundo perderá un tesoro.

Sí señor, me acuerdo como si fuera ayer, estaba tendido en una vieja cama, en una habitación oscura, solo, cansado, delgado y demacrado. Se respiraba tristeza por todas partes, y allí estaba yo sentado a su lado, en un pequeño taburete viendo cómo aquel hombre amargado daba su último suspiro.

- Sancho, Sancho- comenzó- ¿viste en qué estado me encuentro?

- Sí, mi Señor. Pero no se preocupe usted, que en peores plazas ya hemos toreado.

- Te equivocas Sancho. Como tú bien dices, mal lo hemos pasado, pero esta vez se acabó. Ni quiero ni puedo levantarme de esta cama más. ¿Ves a qué me ha conducido todo? ¿Y de qué me sirve? Salí en busca de fama y en verdad te digo que allá por donde pasé, amor y odio provoqué, mas nunca indiferencia. Y sin embargo, nadie se acuerda ya de mí. Defendí y luché por causas perdidas, y efectivamente las perdí. ¿Romanticismo? ¿Locura? Llámalo más bien ingenuidad o tontería. Pura tontería. Ya ves, me enfrenté yo solo contra gigantes que al final no resultaron sino simples molinos de viento, pero ¡qué más da! si yo pensaba que lo importante era luchar, y en el fondo nunca iba solo, siempre me acompañaba en mi pensamiento mi bella Dulcinea. ¡Ah! Dulcinea, Dulcinea. Y tú

dices que es una fulana con dedos de labradora, y probablemente tengas razón como en tantas otras cosas, y sin embargo, ¿has amado alguna vez a una mujer en silencio? Porque yo amé, Sancho, a pesar de no haberla tocado nunca ni uno solo de esos dedos que tú dices de labradora pero que para mí eran más delicados que los de cualquier princesa. ¿Y no era princesa, dices? pero ¡qué más da! Lo importante es que yo así lo creía y eso me dio fuerzas para cometer, encomendándome a su nombre y al de Dios, los actos más valerosos jamás hechos por un hombre. Actos que al final se quedaron en simples tonterías, pero que para mí eran la razón de mi existir. Y digo tonterías, Sancho, porque a quién le importa hoy día defender la justicia y el honor, ya ves de que me sirvió a mí.

¿Fama y gloria? ¡No! Cuando hablan de Don Quijote, si es que todavía no he pasado al olvido, hablan de un loco, pues de locos es luchar por lo que no ves, soñar con tesoros que no existen, querer sin ser querido... o también de un incomprendido, por defender valores que la gente no entiende, amargado, desesperado, triste y cansado por pasarme toda la vida apostando siempre al mismo número, al número perdedor.

Ya me ves Sancho, vuelve con tu mujer y con tu vida, cultiva tus cebollas y tus nabos, nunca digas una palabra más alta que otra y muérete tranquilo. Y pasarás por esta vida como yo, sin que nadie te recuerde, con la diferencia de que tú disfrutaras de las cosas de este mundo y ni siquiera tendrás que preocuparte por entenderlas. Sí, Sancho, vive y muere tranquilo y olvídate de mí...

Y así fue, que no sé si iba a continuar hablando, pero el caso es que ipso facto la espichó "in situ" y de repente, como si Dios le hubiese dicho "déjate de rollos y sube ya", y ahí me quedé yo pensativo pues. Amargura, soledad, engaños y desengaños, amores y desamores, anonimato, causas perdidas y al final de todo, morir a oscuras en una habitación más vieja que Matusalén. Pensé en mi vida, en mi mujer, mi casa, mis hijos... todo me dio vueltas y de todo dudé, mas al final sólo una cosa tuve clara: yo quería ser como él.

EN UNA TARDE GRIS

Siempre me he considerado un hombre práctico y calculador, pero todo sucedió una tarde fría y gris, de estas que invitan a la reflexión y a la melancolía. Hasta esa tarde pensaba que tenía toda mi vida controlada, había hecho muchos números y muchos cálculos y me salía todo correcto. Familiarmente, perfecto: un padre y una madre en buen estado de salud y con los que me llevaba muy bien, un hermano pequeño maravilloso y unos cuantos tíos y primos repartidos por ahí a los que veía de vez en cuando. Laboralmente, inmejorable: tengo 25 años, la mente abierta, dinámico, buen trabajador y una proyección de futuro. Cada año que pase ganaré más y ascenderé. Emocionalmente, tengo una novia maravillosa, muy guapa y agradable y con la que me llevo estupendamente.

Había hecho cálculos porque como digo, soy un hombre calculador. Dentro de ocho años estaré bien situado en mi empresa y ganaré el suficiente dinero para poder tener una casa y un par de hijos. Cuando pasen otros diez años ya habré montado mi propia empresa y será una empresa familiar, mi novia ya será mi mujer y cuando mis hijos tengan edad suficiente trabajarán en ella con su padre y con su madre. No pasarán penalidades.

Es un buen plan de vida pero lo cierto es que en aquella tarde fría y gris me di cuenta de que había un cabo suelto. Una repentina reflexión que me llevó a una pregunta, una pregunta que se me había escapado entre tanto número y tanto cálculo, una pregunta que a pesar de ser sencilla no fui capaz de responder; ¿quiero a mi novia? ¿Quiero a esa chica?

La respuesta debió haber sido rápida y simple, un monosílabo, un sí rotundo firme y absoluto, pero me quedé en blanco. No era capaz de responderme a mí mismo porque entre tanto plan y tanto

número me había olvidado de algo tan sencillo y tan humano. Supongo que me había convertido en una especie de robot y eso no me gustaba, ya que ese cabo suelto podía dar al traste con todo mi plan, así que decidí salir de casa a buscar esa respuesta rápidamente porque eso es lo que hace un hombre práctico. Si no sabía responder tenía que ser, por conclusión lógica, porque yo no sabía qué era el amor. Una vez conocida la teoría podría poner todos los medios a mi alcance para querer a mi novia y así poder cumplir mi plan. Era perfecto, sin duda alguna la clave del éxito en la vida está en ser práctico y calculador, y gracias a ello aquella misma tarde tendría resuelto mi problema y ataría aquel cabo suelto que me faltaba. Ahora ¿dónde buscar? Disponía de un tiempo limitado porque a media tarde había quedado con ella, así que tenía que ser rápido. Podría haberme ido a la biblioteca a buscar libros que hablaran del tema, pero no tenía tiempo que perder. A fin de cuentas el amor parece algo sencillo, en casi cualquier sitio que te metas ves a una pareja o a un matrimonio así que sin duda se trata de un conocimiento común. Bastaría con meterme en la cafetería de la esquina y preguntar, algo rápido y eficaz. No había entrado nunca pero me habían hablado de ella y supuse que habría varias parejas.

Entré dentro y, efectivamente, mi información era buena. Luz tenue, de madera... un lugar muy acogedor. Analicé el entorno, había tres parejas sentadas en las mesas y un camarero delgado y bigotudo limpiando detrás de la barra. La primera pareja que analicé era una pareja anciana, iban bien vestidos y él le cogía la mano a ella. La segunda era una pareja de mediana edad, ella hablaba por el móvil y él estaba con su ordenador portátil. Llevaba traje y corbata y parecía que se encontraba trabajando en algo. La tercera pareja era joven tendrían mi edad, y discutían de algo.

Por mi mente lógica y calculadora deduje que la respuesta a mi pregunta la tendrían los ancianos, era obvio que deberían llevar toda la vida juntos y parecían estar muy a gusto. De hecho, el estar cogidos de la mano era una muestra de cariño. Iba a acercarme a ellos cuando el camarero bigotudo me interrumpió.

- Disculpe, ¿desea tomar algo?

Caramba, pensé, este comportamiento mío es imperdonable. Ni siquiera había saludado al camarero y eso era una descortesía por mi parte. Me había educado en buenos colegios y mi familia era de buena clase, así que no estaba haciendo honor a ello.

- Lo siento, buenas tardes- le contesté- Estoy intentando resolver una duda. No voy a consumir nada pero, ¿le importaría que hablase un momento con los clientes?

-Bueno- respondió encogiéndose de hombros- mientras no me los espante...- y siguió limpiando su barra.

El hombre parecía más simple que una almeja, pero bueno, eso no importaba mientras no supusiera un obstáculo para mi objetivo. Así que me fui directo hacia la pareja de ancianos, dispuesto a resolver mi duda a la primera.

- Disculpen que les moleste señores, tengo un problema y creo que ustedes pueden ayudarme ¿les puedo robar unos minutos de su tiempo?

La pareja anciana se me quedó mirando sorprendida. Supongo que la gente no está acostumbrada a un acercamiento tan directo, además, por mi forma de hablar y de vestir estaba claro que no iba a pedirles dinero así que imagino que se estarían preguntando qué era lo que necesitaba yo de ellos.

- Por supuesto muchacho- me contestó el señor una vez salió de su sorpresa- ¿qué es lo que deseas?

- Verán, no quiero entretenerles mucho así que seré directo, es una simple pregunta. Necesito saber qué es el amor. Viéndoles a ustedes he deducido que sabían la respuesta.

El hombre se sorprendió de nuevo. Después, sin soltar la mano de su señora, la miró dulcemente. Ella sonrió y le devolvió la misma mirada. Era asombroso, tenían una comunicación visual entre ellos realmente fascinante, no sé qué se estaban diciendo pero se lo decían todo con los ojos. Él afirmó con la cabeza solemnemente, como si estuviese respondiendo a una pregunta de ella, después me miraron los dos sonriendo y fue ella quien respondió.

- El amor es respeto, hijo. Las parejas de hoy en día no se respetan el uno al otro y por eso muchas fracasan. Respeta a tu pareja y el resto vendrá solo.

-¿El resto? y ¿qué es el resto?

- Ya lo verás. Todavía eres joven, ten paciencia.

- Muchas gracias señores, muy amables- me despedí, y les dejé allí en la mesa mirándose de nuevo el uno al otro.

Respeto, estaba bien pero, ¿qué era el resto? Era joven, pero yo no podía esperar, no podía cumplir mi plan si no disponía de toda la información, no podía correr riesgos.

Me fui directo desde allí hasta la pareja de mediana edad, con la esperanza de que me aportaran más datos. Ella seguía hablando con el móvil y por la actitud y la conversación que mantenía deduje que estaba hablando con alguna amiga de algún cotilleo. Él seguía con su ordenador portátil, sin duda alguna estaba trabajando.

- Disculpe la interrupción señor, necesito resolver una duda ¿podría dedicarme unos segundos?

El hombre levantó la vista de su ordenador y me miró de arriba a abajo. Era un hombre muy serio, me gustó, parecía calculador y práctico como yo. En ese instante pensé que quizás él tendría la respuesta.

- Dime chico, ¿qué es lo que quieres?

- Iré directo al grano, no quiero molestarle mucho. ¿Podría decirme qué es el amor?

De nuevo la misma cara de alcachofa que me habían puesto los ancianos. ¿Por qué se sorprende tanto la gente por una simple pregunta? Quizás yo no debería ser tan directo, pero a fin de cuentas es la mejor manera de acortar camino y no perder tiempo. Por lo menos esta vez la mujer no se sorprendió, aunque eso era porque continuaba hablando por el móvil efusivamente y ni siquiera había reparado en mi presencia.

- Pues claro- respondió él con una sonrisa, una vez recuperada la compostura- eso es muy sencillo. El amor es una cuestión de confianza mutua. Ella tiene sus amigas y puede salir por ahí siempre que quiera sin preocuparse de que yo me moleste. No es bueno ser celoso y yo confío en ella. De la misma manera yo puedo estar fuera de casa por trabajo o por ocio todo el tiempo que quiera, sin preocuparme de que ella se moleste, porque ella confía en mí. Podemos hacer los dos lo que nos apetezca, que eso no supondrá un problema para ninguno porque hay confianza.

- Muchas gracias, muy amable por su tiempo- le dije, y le dejé ahí, de nuevo enfrascado en su portátil. No me despedí de la mujer porque creo que ni siquiera se había fijado en mí, seguía con su móvil.

Confianza y respeto. Era lo único que había sacado en todo ese tiempo. Dos simples adjetivos. Mi mente práctica y calculadora empezó a pensar que quizás no había sido buena idea meterme en aquella cafetería, que quizás habría sacado más acudiendo a una librería. Pero bueno, ya que estaba allí era mejor terminar con lo que había empezado así que me acerqué a la pareja joven. Como tenían mi edad imaginé que serían dinámicos, como yo, y seguro que me darían una respuesta

rápida y eficaz aunque lo cierto es que discutían acaloradamente y eso no era buena señal, pero a fin de cuentas también las parejas que se quieren discuten. Cuando estuve a su altura me percaté de que la discusión era más grave de lo que parecía, y tanto era así que no se dieron cuenta de que yo estaba ahí. Le tocaba el turno a ella y eran tantas las cosas que le decía que ni siquiera se la entendía.

- Ejem- carraspeé.

Ella paró y se me quedó mirando con unos ojos de ira profunda que si las miradas matasen yo tendría que hacerle mi pregunta ya al mismísimo Cristo. Él sin embargo estaba como ausente, pensé que debía de tratarse de un mecanismo de defensa elaborado por su mente para no bloquearse con tanta información que estaba recibiendo.

- Perdonen la interrupción- dije- sé que no es quizás buen momento, pero estaba preguntando a todo el mundo y me faltaban ustedes. Es una pregunta directa así que no me andaré con rodeos. ¿Podrían decirme qué es el amor?

Ella me puso cara, pero a diferencia de los demás no era cara de alcachofa, sino de asco. Él pareció despertar de su letargo y me miró, con una mueca de burla.

- El amor...- empezó él.

- ¡¡Pero qué dices animal!!- le interrumpió ella con voz de rabia- ¡no se te ocurra contestar a eso! Encima tendrás la cara de hablar de amor ¡¡ El amor no existe!! ¡Todos los hombres sois iguales!- continuó mirándome con odio- Sois unos cerdos sin sentimientos que sólo pensáis en una cosa ¡No tenéis remedio! ¡¡ Y tú eres el más cerdo y el más cabrón de todos!!- terminó, esta vez mirando a su pareja.

Sin duda alguna éstos no se tenían ni confianza ni respeto, así que me fui de ahí echando cohetes pues lo primero que aprendí en esta vida es que cuando alguien en ese estado empieza a repartir palos no distingue ni a su propia madre. Había sido un fracaso, quince minutos de mi tiempo mal invertidos, perdidos sólo por dos adjetivos: confianza y respeto. Aunque bien pensado tampoco estaba tan mal, a fin de cuentas quizás sólo se tratase de eso y yo buscaba respuestas rápidas y eficaces. Confiaría en mi novia y la respetaría, así de sencillo. Y en esas estaba mientras me disponía a salir cuando el camarero bigotudo interrumpió mis pensamientos.

- Disculpe, ¿se marcha ya?

- Pues sí- contesté- muchas gracias. Bonita cafetería, ya vendré en otro momento y me tomaré algo.

- ¿Ha conseguido lo que quería?

- Umm... más o menos, creo que sí.
- Pero no ha hablado usted con todos los clientes.

Me quedé confuso, ¿cómo que no? Sólo había tres parejas, así que me di la vuelta y volví a observar por si me dejaba algo. A ver, los ancianos que seguían cogidos de la mano mirándose dulcemente, la pareja de mediana edad que seguían él con su ordenador y ella con su móvil, y la pareja joven que esta vez estaban mudos, cada uno mirando hacia un lado y con los brazos cruzados. Volví a revisar una vez más y, caramba, entonces le vi, no me había fijado antes. Estaba en una mesa del rincón de la cafetería pero observándolo ahora me di cuenta de por qué no había reparado en su presencia. Se trataba de un hombre joven, tendría algunos años más que yo y estaba pensativo, como absorto en algo. El jodío tenía una botella de Jack Daniel's y un vaso, y se la estaba pimplando entera. Y además fumaba, por Dios que ese hombre no era práctico, así no podría vivir mucho. Le observé más aún, parecía que iba a morirse de pena. Ahora entiendo por qué no me había fijado en él, siempre he dicho que uno tiene que rodearse de energía positiva. Cuando uno se rodea de esa energía empieza a pensar en positivo y pensando así te ocurren cosas positivas. Era pura lógica, energía positiva. Siempre me he alejado de todo lo negativo y desde luego que ese hombre no parecía ser muy optimista. Energía negativa, pensé.

- Verá, mi novia debe de estar ya esperándome fuera porque he quedado con ella a media tarde y me he alargado aquí más de lo previsto- le dije al bigotudo- No creo que ese hombre pueda ayudarme.

- ¿Cómo lo sabe, si no le ha preguntado aún?

Pues lo cierto es que tampoco le faltaba razón. A fin de cuentas las otras tres parejas me habían ayudado menos de lo previsto. No creía que ese hombre pudiera decirme nada pero, ¿por qué no? Yo era un hombre práctico y, si él era lo que yo no quería ser no tendría más que hacer un razonamiento a la inversa para obtener una información provechosa: me explico, yo le pregunto qué es el amor, él me responde y yo pienso lo contrario. No era mala idea, así que me acerqué a él.

- Disculpe que le moleste, ¿puedo hacerle una pregunta?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

